

# EL CABARET *del* INFIERNO

Izara Batres

CONTRALUZ



IZARA  
BATRES  
El Cabaret  
del Infierno

Título original: XXX

Traducción: Xxxxxx Xxxxxx

~~Primera edición: septiembre 2025~~

~~Primera reimpresión: octubre 2025~~

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright ©

© de la traducción:

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN:

Depósito legal:

Printed in Spain

*Dedico este libro a mis queridos padres  
y hermana, Ángel, Marisol e Izpia*



## No debisteis abrir la puerta

Cuando sonó el disparo, Renaud supo que Jean no había sobrevivido. Lo supo con la misma certeza con que se sabe que uno tiene hambre o sed. Recordó los dos últimos meses de investigaciones aceleradas en el laboratorio, de presión extrema y desconcierto ante lo que era imposible clasificar o comprender desde el punto de vista de cualquier mortal. Tomó firmemente el paquete de terciopelo negro y lo miró con rabia, miedo y devoción al mismo tiempo, maldiciendo el día en que su jefe, Koch, lo trajo al laboratorio. Ese traidor iba a vendérselo a los alemanes. Un poder así no podía caer en manos de los nazis. Aquella cosa... sencillamente no debía estar al alcance de nadie. Miró la trampilla del antiguo conducto de aire que bajaba hacia la parte trasera del edificio y daba a un sótano al que solo tenía acceso el equipo científico. Koch podría hacerse con ello, pero no había tiempo para buscar otra solución. Era la única salida. Las gotas de sudor resbalaron por su rostro contraído y mojaron las solapas de su bata blanca, mientras introducía el paquete de terciopelo y el maletín con los papeles en una bolsa marrón rectangular y cerraba las correas. Corrió hacia la escotilla del conducto, oculta tras una de las mesas de instrumentos, bajo la pizarra, y apartó la mesa derribando todo lo que había encima. Tras golpear

fuertemente la rejilla, logró que se descolgara de uno de los lados, introdujo la bolsa en el conducto y la empujó con todo el ímpetu de que fue capaz, hasta comprobar que se deslizaba hacia abajo. Intentó entrar, pero la rejilla no cedía del todo y el hueco era demasiado pequeño. La golpeó varias veces. «¡Maldita sea!», se dijo. No podía dejar de temblar. Vendrían a por él, seguramente ya estarían dentro. Seguramente...

Tres golpes secos sonaron al otro lado de la puerta del laboratorio. No eran violentos. Tenían ese desagradable matiz de serenidad retorcida, de calma cínica que solía darse cuando el enemigo estaba tan seguro de su superioridad que no necesitaba ser agresivo. Tragó saliva y se dio la vuelta. Ya era tarde. La cerradura redonda de la puerta comenzó a girar lentamente. Cuando cedió, Renaud pensó que vería entrar a un tipo con uniforme alemán que le apuntaría con una pistola. En lugar de eso, un hombre vestido con túnica negra se detuvo ante él y le observó desde la oscuridad de su rostro, oculto por la enorme capucha. La oscuridad comenzó a tomar forma. Renaud retrocedió hasta pegarse a la pared, negando con la cabeza.

—No puede ser —balbuceó.

Sus ojos se abrieron desorbitadamente y profirió un grito.

PRIMERA PARTE  
Algo se acerca



## Capítulo 1

### La misión

París, Barrio Latino, diciembre de 1938

Ginebra despertó sudando, gritó, se tapó la boca con las manos y tomó aire hasta que logró tranquilizarse. Todavía podía escuchar los disparos y el grito desgarrador de aquel hombre en esa especie de laboratorio. Las imágenes del sueño desfilaron por su mente como un tiovivo: la bolsa marrón, los cuerpos en el suelo, las sombras alargadas... Y después, las espirales, las formas indescriptibles, los símbolos, y un hombre que permanecía de espaldas a ella en lo que parecía una cripta.

Se levantó de la cama y fue al pequeño lavabo de su buhardilla. El agua fría la ayudó a despejarse.

—Algo se acerca —dijo, sin saber de dónde procedía esa oscura certeza—. Estver... —murmuró.

¿Habría sido solo un sueño? ¿O estaba volviendo a «ver» cosas? ¿Y cómo, en nombre de Dios, podía saberlo? No conocía de nada a aquellos hombres con batas blancas, e ignoraba de dónde salían esas extrañas palabras. Tomó aire, se secó el cabello negro, empapado de sudor, con una toalla, sin poder controlar el temblor en las manos. «Das pena», le hubiera dicho Lucius. Salió del lavabo y miró a su alrededor. La buhardilla se limitaba a una habitación con cama y un ventanuco romboidal que daba a la calle.

Necesitaba salir de allí. En el cajón de la vieja mesilla le quedaba algo de dinero de las clases particulares y del que le había dado John Waxley cuando tuvo que dejar Londres, huyendo de Lucius y de un pasado que no le correspondía.

Tras perder a su familia y quedarse sola en París, John Waxley, el mejor amigo de su padre, la cobijó bajo el ala de la Sección Seis de Inteligencia Militar de Londres. Siempre pensó que ser agente secreto sería como en los libros que había leído, sin embargo, la realidad, rara vez estaba a la altura de los sueños: triunfar como escritora, encontrar, tal vez, un amor, un camino... Nada salió como ella imaginaba. Y ahora esas visiones habían regresado. A veces eran premoniciones, o simplemente percepciones, otras veces no tenían ningún sentido, o lo adquirirían más adelante; siempre resultaba imposible saberlo y eso la desquiciaba desde que era niña. Su amiga Claire le decía que era una privilegiada, Waxley pensaba que debía poner esas habilidades al servicio del Gobierno, y su abuela lo llamaba «el don», pero, para ella, ese don era una condena y no un regalo.

Cogió unos cuantos billetes del cajón. Al cerrarlo, la fotografía en sepia de sus padres tembló. La sujetó firmemente, sin mirarla. Nunca la miraba, la hacía llorar, pero tampoco era capaz de quitarla de allí. Era el único resquicio de un pasado en el que las cosas tenían sentido. Se vistió rápidamente, se puso la gabardina y el sombrero, y salió.

★ ★ ★

París, Clichy-Batignolles

Apresuradamente, Théo entró en el café que hacía esquina con el edificio destartado en el que vivía. Siempre quedaba

allí con Vincent cuando había algún tipo de urgencia. Últimamente, los encuentros por amistad, sencillamente para pasar ratos juntos, eran cada vez menos habituales. Vincent le saludó desde una de las mesas y Théo respondió a regañadientes. La rodilla le estaba matando, como siempre que estaba a punto de llover. «Olvidé tomar los malditos calmantes», se dijo, mientras se sentaba frente a su amigo.

Vincent, pálido, con barba de días, ataviado con su abrigo color tabaco y su sombrero, le miró y habló en voz baja.

—Escucha, necesito tu ayuda —le dijo con su característica voz ronca y algo afónica. A Théo le llamó la atención que Vincent hubiera pedido café. Para su amigo, quien no bebía alcohol, no era digno de llamarse hombre.

—Vincent, ya sabes que yo...

—Sí, sí, te estás haciendo mayor, estás solo, estás triste, bla, bla. Escucha, Théo, necesito que me guardes esto un par de días, como si te fuera la vida en ello —dijo, mostrándole una bolsa marrón grande y rectangular, de piel, tipo Satchel, con cinta bandolera para colgarla al hombro—, solo mientras hago... unas gestiones, ya sabes, para despejarme el camino de salida. Te lo compensaré muy bien —añadió poniendo sobre la mesa un sobre hinchado en el que, supuso Théo, había un buen fajo de billetes.

—Vincent...

—Nos vemos en el Atlantis. Dentro de dos días, a las tres de la madrugada. No lo olvides. Solamente tienes que traerme esto —pidió deslizando la pesada bolsa sobre la mesa.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Théo.

—No creo que te convenga saberlo —añadió Vincent, mientras removía el café con la cuchara. Théo percibió cierto nerviosismo en el movimiento y, por el rictus tenso de su mandíbula, supo que Vincent estaba apretando los dientes.

Solo le había visto hacer eso dos veces en su vida, ambas cuando estuvo al borde de la muerte—. Esta mierda sabe a plástico quemado —masculló.

Théo abrió los cierres de hebilla de la bolsa y la solapa se abrió como una gran boca parda, mostrando un pequeño maletín y una especie de paquete envuelto en paño.

—Théodore, escúchame, te digo que no te conviene... —insistió Vincent.

—Vincent Siena, escúchame tú a mí, si voy a ayudarte quiero saber a qué me expongo —reclamó Théo. Ya no era ese joven imbécil dispuesto a todo por el amigo que le había cuidado en la guerra.

Vincent chasqueó la lengua y miró a su alrededor. A excepción del camarero y un viejo borracho que hablaba solo junto a la ventana del fondo, no había nadie en aquel antro. Se inclinó y le habló en susurros.

—Ese maletín tiene dentro bombas atómicas en forma de documentos. Pruebas de extorsiones, fotos comprometidas, transferencias bancarias, todo lo que podría comprometer a los nazis —explicó—. Koch iba a utilizarlas para llevarse una buena pasta y salir del país.

—¿Los nazis? Colega, esto es serio, lo siento, pero...

—Baja la voz, maldita sea, y escucha —interrumpió Vincent—: me he jugado la vida para conseguir lo que hay aquí. No creerías las cosas que he visto... Espero poder contártelo en su momento, pero necesito que guardes esto —rogó, incidiendo en la palabra «necesito», casi con desesperación.

Théo observó el otro paquete que había dentro de la bolsa, un objeto envuelto en terciopelo negro, doblemente lacrado. ¿Quién perdería el tiempo en envolver un objeto en un carísimo paño de terciopelo y sellarlo con lacre?

—¿Y eso qué diablos es? —preguntó, acercando la mano para cogerlo.

Vincent le agarró la muñeca tan fuerte que le dolió, y le miró a los ojos.

—Ni se te ocurra tocarlo —le dijo. Lo peor no eran las palabras en sí, sino la mirada. Una mirada que jamás había visto en Vincent, ni en los peores momentos de la guerra. Su rostro áspero y anguloso estaba contraído. Esta vez sí, había verdadero miedo en sus pupilas.

—De acuerdo, no te preocupes, pero ¿no puedes, al menos, decirme...?

—Es un Código Cinco, Théo. Un maldito Código Cinco. Te lo explicaré todo más adelante. No lo toques, ¿de acuerdo? No lo hagas.

Théo se preguntó en qué clase de lío se habría metido su amigo. Sabía que Vincent trabajaba en la retaguardia secreta de lo que llamaban el Servicio de Inteligencia Militar del Ministerio de Guerra y Defensa Nacional de París, nada menos. Un nombre largo e incomprensible. Lo que sí comprendía es que su amigo se jugaba el pellejo a menudo.

—¿Le has requisado todo esto a alguien del ministerio?

—Digamos que ese alguien consiguió hacérmelo llegar.

—¿Quién es ese alguien, Vincent?

—Derek Koch. Un funcionario de los gordos, del ministerio. Trabajaba en Inteligencia, dirigía un equipo de investigaciones científicas, y tenía contactos por toda Europa. Desapareció sin dejar rastro, igual que dos científicos de su equipo, Jean Faure y Renaud Lambert. El tipo pensaba vender a los nazis el maletín y el maldito Código Cinco por una suma escandalosa, aunque en el último momento se arrepintió, y me contó que habían matado a los científicos, que él lo sabía, pero no tenía pruebas. Los hicieron desaparecer. Uno

de ellos, Renaud Lambert, logró sacar del laboratorio la bolsa marrón con el Código Cinco y el maletín, antes de morir, y Koch la rescató de un sótano en desuso. Lo que hay en ese paquete de terciopelo, sea lo que sea, es muy peligroso, porque me pidió que lo protegiera con mi vida. Poco después, Renaud desapareció. Y, si quieres saber la verdad, te diré que esto va más allá de los nazis. Solo alguien o algo muy poderoso hace desaparecer personas y pruebas así como así. Hay más cosas detrás de esto.

—¿Qué cosas?, ¿quiénes están...

—Ahora yo también tengo que desaparecer, y espero que no sea yéndome al otro barrio. Mi vida corre peligro, y no es una maldita broma. Debo irme. Toma esto —dijo Vincent, acercándole el sobre—. No seas cabezota, no se lo he robado a nadie.

Théo titubeó. No quería aceptar la misión, no podía aceptarla. Su amigo le había salvado la vida, cuando le hirieron en la Gran Guerra de 1914. Durante años se había sentido en deuda con él, pero la realidad era que Vincent no valoraba su amistad lo suficiente, o así lo creía. Le trataba como a una especie de hermano pequeño que no sabía defenderse. Y esto era demasiado arriesgado. Necesitaba el dinero, claro que lo necesitaba. Por culpa de su condenada rodilla estaba viviendo de una pensión y de los trabajillos que hacía como «chapuzas» del barrio, pero al menos tenía paz, podía vivir tranquilo, ¿realmente estaba dispuesto a perder eso...?

—¡Cógelo, diablos! —insistió Vincent acercándole el sobre—. Créeme, puede que te haga falta.

Rápidamente se levantó, metiéndose la mano en el bolsillo, como hacía siempre que quería comprobar si la pistola estaba en su sitio, y miró a su alrededor.

—Recuerda, dentro de dos días, a las tres de la madrugada, en el Atlantis.

—Oye, ¿qué quieres decir con que puede que me haga falta?

Vincent se caló su sombrero, salió del local, rápidamente, mirando en todas las direcciones, mientras se cerraba las solapas de su abrigo, y se perdió entre la niebla.

Desde entonces, Théo había estado custodiando la misteriosa entrega en el armario de su casa. Paradójico escondite para un elemento tan supuestamente peligroso. Ni por un segundo había podido quitarse de la cabeza la extraña mirada de Vincent, y, por las noches, las pesadillas no le dejaban dormir. Jamás había tenido ese tipo de sueños, ni siquiera cuando, en el frente, le metieron una bala en el costado y otra en la rodilla.

Se levantó y comenzó a dar vueltas por su pequeño piso. Abrió el armario, desabrochó las correas de la bolsa y contempló, por enésima vez, aquel objeto envuelto en terciopelo que casi parecía observarle a él también.

—Yo ya no estoy para estas cosas —pensó en voz alta.

Se preguntó por qué demonios se habría metido en ese lío. No debería haberlo hecho, ni siquiera por el dinero. Era un militar retirado, un hombre normal que, a sus cuarenta y tres años, no tenía por qué meterse en problemas y solo quería que le dejaran caerse muerto en paz. Había nacido en una corrala en los suburbios de París, entre gritos y olor a basura, y ahora podía vivir de una forma decente. Se sentía asquerosamente solo, pero al menos tenía tiempo libre para pintar acuarelas, hacer figuritas de barro y leer —a paso de tortuga— algunos de los libros que no había leído. Eso le habría gustado a su madre, que siempre quiso que estudiara. Su padre, en cambio, le hubiera insultado.

Despacio, extendió la mano y, por primera vez, tocó el objeto envuelto en terciopelo clasificado como Código Cinco.

El paño negro era más denso y sedoso de lo que había pensado. Debajo de las múltiples capas de tejido se intuía una superficie dura. Percibió una leve vibración, resultaba incluso agradable. Aumentaba despacio, mientras recorría la superficie con los dedos. Apretó un poco más. De pronto, una fuerte sacudida eléctrica recorrió su brazo. Retiró la mano, como si le hubieran mordido, y, al alejarse, tropezó con la cómoda y cayó al suelo. Empezó a sudar, se sentía mareado. Se levantó, tambaleándose. Pensó en experimentos del Gobierno, en inventos de ese servicio secreto para el que trabajaba Vincent y del que él nada sabía. ¿Qué podría ser aquello?

Miró el reloj: casi eran las tres, tenía que salir volando, hoy era el día de la entrega. «Gracias a Dios», pensó. Cerró la bolsa, se la colgó al hombro y salió de la casa, deseando deshacerse de esa cosa, fuera lo que fuera.

París le recibió con su abrazo más sigiloso. La noche era negra como una cloaca. Se preguntó si no sería mejor dejarse tragar por ella y olvidarse de todo. Al fin y al cabo, nadie le echaría de menos. Tomó un atajo hacia el Atlantis, atento a todo cuanto le rodeaba, para que nadie le siguiera. En el silencio de la noche solo se oía el eco sordo de sus pasos. A medida que se acercaba a la zona roja de la ciudad, a la altura del Moulin Rouge, comenzó a cruzarse con algunos habitantes de la madrugada parisina: borrachos durmiendo en la calle, artistas callejeros, vagabundos, prostitutas. Tomó un pequeño atajo, través de un estrecho pasaje, ansioso por entrar de lleno en el gentío de la cercana place Pigalle. Al llegar al final, en el recoveco de la esquina, a su derecha, vislumbró una sombra alargada, y tuvo la certeza de que había alguien ahí observando, más bien acechando. Se le cerró la garganta. No porque pensara que le estaban vigilando, sino porque la presencia, fuera lo que fuera, no parecía humana. Pensó en un enorme

perro suelto, pero su intuición le decía que no era un perro; era otra cosa. Con el corazón desbocado, decidió girarse y afrontar lo que tuviera que ocurrir. Allí no había nada. Le pareció percibir un olor extraño... «Théo, respira, estás empezando a alucinar, viejo amigo». Aceleró el paso bajo la lluvia, apretando la bolsa contra su cuerpo. Eran las tres de la mañana, hacía frío y se merecía una copa. Levantó la vista y, al otro lado de la plaza que se extendía ante él, vio brillar las luces del Atlantis.

★ ★ ★

París, Pigalle

Cuando Ginebra llegó a la place Pigalle eran las tres de la madrugada. Llevaba tiempo andando, perdida en las imágenes que había visto en sueños. ¿Tendrían algo que ver con Lucius esos hombres del laboratorio con los que había soñado? Vestían batas blancas, no uniforme nazi.

Lucius Ferdinand Fleedermaus tampoco llevaba uniforme nazi cuando lo conoció, hacía seis años en Londres. Apareció en su vida una noche de invierno, en una fiesta, presentándose como un brillante diplomático militar alemán, dispuesto a todo por ella. Dedicó un año entero a conquistarla, hasta que generó la ilusión perfecta, a la medida de lo que Ginebra Wilde deseaba —«Creo que te quiero desde una vida anterior a esta, Ginebra, no había conocido jamás a nadie como tú», le aseguraba—. Llegó a ver atractivo a ese hombre de pelo rapado, mirada torva y mandíbula prominente. El edificio de expectativas no tardó en derrumbarse y se hizo añicos con la entrada de Lucius en el Partido Nazi. Y después, la enfermedad, la reclusión, las amenazas —«¡No irás a ningún sitio sin

IZARA  
BATRES  
El Cabaret  
del Infierno

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Izara Batres, 2026

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN: 979-13-87810-29-0

Depósito legal: M. 26.009-2025

Printed in Spain

## Índice

PRIMERA PARTE - Algo se acerca	11
Capítulo 1: La misión	13
Capítulo 2: En la oscuridad	34
Capítulo 3: El proyecto Tür	49
Capítulo 4: La hermandad AvGull	75
Capítulo 5: Solsticio de invierno	82
Capítulo 6: Cuando se rompan el cielo y el suelo	95
SEGUNDA PARTE - El Cabaret del Infierno	103
Capítulo 7: París, L'Enfer	105
Capítulo 8: El disco de Festos	127
Capítulo 9: Los cinco círculos	133
Capítulo 10: <i>Critias</i>	138
Capítulo 11: La bestia	144
Capítulo 12: Stver	165
Capítulo 13: Datark	210
Capítulo 14: Lucerna 666	223
Capítulo 15: La partícula azul	235
Capítulo 16: El secreto del <i>Critias</i>	240
Capítulo 17: La Orden de Tarhun	251
Capítulo 18: «Tú ya eres mi esclavo, puerco»	271
Capítulo 19: Nachtkokal	282

Capítulo 20: Ocho pétalos	297
Capítulo 21: La casa del reloj de sol	310
Capítulo 22: El centro del laberinto	325
TERCERA PARTE - La última puerta	341
Capítulo 23: Samael	343
Capítulo 24: La variable oculta	350
Capítulo 25: Los días de luz	359
Capítulo 26: Los vórtices infraterrenales	388
Capítulo 27: Amar, soñar, pensar	424
Capítulo 28: La luna rota	438
Capítulo 29: La última puerta	446

## No debisteis abrir la puerta

Cuando sonó el disparo, Renaud supo que Jean no había sobrevivido. Lo supo con la misma certeza con que se sabe que uno tiene hambre o sed. Recordó los dos últimos meses de investigaciones aceleradas en el laboratorio, de presión extrema y desconcierto ante lo que era imposible clasificar o comprender desde el punto de vista de cualquier mortal. Tomó firmemente el paquete de terciopelo negro y lo miró con rabia, miedo y devoción al mismo tiempo, maldiciendo el día en que su jefe, Koch, lo trajo al laboratorio. Ese traidor iba a vendérselo a los alemanes. Un poder así no podía caer en manos de los nazis. Aquella cosa... sencillamente no debía estar al alcance de nadie. Miró la trampilla del antiguo conducto de aire que bajaba hacia la parte trasera del edificio y daba a un sótano al que solo tenía acceso el equipo científico. Koch podría hacerse con ello, pero no había tiempo para buscar otra solución. Era la única salida. Las gotas de sudor resbalaron por su rostro contraído y mojaron las solapas de su bata blanca, mientras introducía el paquete de terciopelo y el maletín con los papeles en una bolsa marrón rectangular y cerraba las correas. Corrió hacia la escotilla del conducto, oculta tras una de las mesas de instrumentos, bajo la pizarra, y apartó la mesa, derribando todo lo que había encima. Tras golpear

fuertemente la rejilla, logró que se descolgara de uno de los lados, introdujo la bolsa en el conducto y la empujó con todo el ímpetu de que fue capaz, hasta comprobar que se deslizaba hacia abajo. Intentó entrar, pero la rejilla no cedía del todo y el hueco era demasiado pequeño. La golpeó varias veces. «¡Maldita sea!», se dijo. No podía dejar de temblar. Vendrían a por él, seguramente ya estarían dentro. Seguramente...

Tres golpes secos sonaron al otro lado de la puerta del laboratorio. No eran violentos. Tenían ese desagradable matiz de serenidad retorcida, de calma cínica que solía darse cuando el enemigo estaba tan seguro de su superioridad que no necesitaba ser agresivo. Tragó saliva y se dio la vuelta. Ya era tarde. La cerradura redonda de la puerta comenzó a girar lentamente. Cuando cedió, Renaud pensó que vería entrar a un tipo con uniforme alemán que le apuntaría con una pistola. En lugar de eso, un hombre vestido con túnica negra se detuvo ante él y le observó desde la oscuridad de su rostro, oculto por la enorme capucha. La oscuridad comenzó a tomar forma. Renaud retrocedió hasta pegarse a la pared, negando con la cabeza.

—No puede ser —balbuceó.

Sus ojos se abrieron desorbitadamente y profirió un grito.

PRIMERA PARTE  
Algo se acerca



## Capítulo 1

### La misión

París, Barrio Latino, diciembre de 1938

Ginebra despertó sudando, gritó, se tapó la boca con las manos y tomó aire hasta que logró tranquilizarse. Todavía podía escuchar los disparos y el grito desgarrador de aquel hombre en esa especie de laboratorio. Las imágenes del sueño desfilaron por su mente como un tiovivo: la bolsa marrón, los cuerpos en el suelo, las sombras alargadas... Y después, las espirales, las formas indescriptibles, los símbolos, y un hombre que permanecía de espaldas a ella en lo que parecía una cripta.

Se levantó de la cama y fue al pequeño lavabo de su buhardilla. El agua fría la ayudó a despejarse.

—Algo se acerca —dijo, sin saber de dónde procedía esa oscura certeza—. Estver... —murmuró.

¿Habría sido solo un sueño? ¿O estaba volviendo a «ver» cosas? ¿Y cómo, en nombre de Dios, podía saberlo? No conocía de nada a aquellos hombres con batas blancas, e ignoraba el origen de esas extrañas palabras. Tomó aire, se secó el cabello negro, empapado de sudor, con una toalla, sin poder controlar el temblor en las manos. «Das pena», le hubiera dicho Lucius. Salió del lavabo y miró a su alrededor. La buhardilla se limitaba a una habitación con cama y un ventanuco romboidal que daba a la calle.

Necesitaba salir de allí. En el cajón de la vieja mesilla le quedaba algo de dinero de las clases particulares y del que le había dado John Waxley cuando tuvo que dejar Londres, huyendo de Lucius y de un pasado que no le correspondía.

Tras perder a su familia y quedarse sola en París, John Waxley, el mejor amigo de su padre, la cobijó bajo el ala de la Sección Seis de Inteligencia Militar de Londres. Siempre pensó que ser agente secreto sería como en los libros que había leído; sin embargo, la realidad rara vez estaba a la altura de los sueños: triunfar como escritora, encontrar, tal vez, un amor, un camino... Nada salió como ella imaginaba. Y ahora esas visiones habían regresado. A veces eran premoniciones o simplemente percepciones, otras veces no tenían ningún sentido o lo adquirirían más adelante; siempre resultaba imposible saberlo y eso la desquiciaba desde que era niña. Su amiga Claire le decía que era una privilegiada, Waxley pensaba que debía poner esas habilidades al servicio del Gobierno, y su abuela lo llamaba «el don», pero, para ella, ese don era una condena y no un regalo.

Cogió unos cuantos billetes del cajón. Al cerrarlo, la fotografía en sepia de sus padres tembló. La sujetó firmemente, sin mirarla. Nunca la miraba, la hacía llorar, pero tampoco era capaz de quitarla de allí. Era el único resquicio de un pasado en el que las cosas tenían sentido. Se vistió rápidamente, se puso la gabardina y el sombrero, y salió.

★ ★ ★

París, Clichy-Batignolles

Apresuradamente, Théo entró en el café que hacía esquina con el edificio destartado en el que vivía. Siempre quedaba

allí con Vincent cuando había algún tipo de urgencia. Últimamente, los encuentros por amistad, sencillamente para pasar ratos juntos, eran cada vez menos habituales. Vincent le saludó desde una de las mesas y Théo respondió a regañadientes. La rodilla le estaba matando, como siempre que estaba a punto de llover. «Olvidé tomar los malditos calmantes», se dijo, mientras se sentaba frente a su amigo.

Vincent, pálido, con barba de días, ataviado con su abrigo color tabaco y su sombrero, le miró y habló en voz baja.

—Escucha, necesito tu ayuda —le dijo con su característica voz ronca y algo afónica. A Théo le llamó la atención que Vincent hubiera pedido café. Para su amigo, quien no bebía alcohol no era digno de llamarse hombre.

—Vincent, ya sabes que yo...

—Sí, sí, te estás haciendo mayor, estás solo, estás triste, bla, bla. Escucha, Théo, necesito que me guardes esto un par de días, como si te fuera la vida en ello —dijo, mostrándole una bolsa marrón grande y rectangular, de piel, tipo Satchel, con cinta bandolera para colgarla al hombro—, solo mientras hago... unas gestiones, ya sabes, para despejarme el camino de salida. Te lo compensaré muy bien —añadió, poniendo sobre la mesa un sobre hinchado en el que, supuso Théo, había un buen fajo de billetes.

—Vincent...

—Nos vemos en el Atlantis. Dentro de dos días, a las tres de la madrugada. No lo olvides. Solamente tienes que traerme esto —pidió deslizando la pesada bolsa sobre la mesa.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Théo.

—No creo que te convenga saberlo —añadió Vincent, mientras removía el café con la cuchara. Théo percibió cierto nerviosismo en el movimiento y, por el rictus tenso de su mandíbula, supo que Vincent estaba apretando los dientes.

Solo le había visto hacer eso dos veces en su vida, ambas cuando estuvo al borde de la muerte—. Esta mierda sabe a gasolina —masculló.

Théo abrió los cierres de hebilla de la bolsa y la solapa se abrió como una gran boca parda, mostrando un pequeño maletín y una especie de paquete envuelto en paño.

—Théodore, escúchame, te digo que no te conviene... —insistió Vincent.

—Vincent Siena, escúchame tú a mí: si voy a ayudarte quiero saber a qué me expongo —reclamó Théo. Ya no era ese joven imbécil dispuesto a todo por el amigo que le había cuidado en la guerra.

Vincent chasqueó la lengua y miró a su alrededor. A excepción del camarero y un viejo borracho que hablaba solo junto a la ventana del fondo, no había nadie en aquel antro. Se inclinó y le habló en susurros.

—Ese maletín tiene dentro explosivos en forma de documentos. Pruebas de extorsiones, fotos comprometidas, transferencias bancarias, todo lo que podría comprometer a los nazis —explicó—. Koch iba a utilizarlas para llevarse una buena pasta y salir del país.

—¿Los nazis? Colega, esto es serio. Lo siento, pero...

—Baja la voz, maldita sea, y escucha —interrumpió Vincent—: me he jugado la vida para conseguir lo que hay aquí. No creerías las cosas que he visto... Espero poder contártelo en su momento, pero necesito que guardes esto —rogó, incidiendo en la palabra «necesito», casi con desesperación.

Théo observó el otro paquete que había dentro de la bolsa, un objeto envuelto en terciopelo negro, doblemente lacrado. ¿Quién perdería el tiempo en envolver un objeto en un carísimo paño de terciopelo y sellarlo con lacre?

—¿Y eso qué diablos es? —preguntó, acercando la mano para cogerlo.

Vincent le agarró la muñeca tan fuerte que le dolió, y le miró a los ojos.

—Ni se te ocurra tocarlo —le dijo. Lo peor no eran las palabras en sí, sino la mirada. Una mirada que jamás había visto en Vincent, ni en los peores momentos de la guerra. Su rostro áspero y anguloso estaba contraído. Esta vez sí había verdadero miedo en sus pupilas.

—De acuerdo, no te preocupes, pero ¿no puedes, al menos, decirme...?

—Es un Código Cinco, Théo. Un maldito Código Cinco. Te lo explicaré todo más adelante. No lo toques, ¿de acuerdo? No lo hagas.

Théo se preguntó en qué clase de lío se habría metido su amigo. Sabía que Vincent trabajaba en la retaguardia secreta de lo que llamaban el servicio de inteligencia militar del Ministerio de Guerra y Defensa Nacional francés, nada menos. Un nombre largo e incomprensible. Lo que sí comprendía es que su amigo se jugaba el pellejo a menudo.

—¿Le has requisado todo esto a alguien del ministerio?

—Digamos que ese alguien consiguió hacérmelo llegar.

—¿Quién es ese alguien, Vincent?

—Derek Koch. Un funcionario de los gordos, del ministerio. Trabajaba en Inteligencia, dirigía un equipo de investigaciones científicas, y tenía contactos por toda Europa. Desapareció sin dejar rastro, igual que dos científicos de su equipo, Jean Faure y Renaud Lambert. El tipo pensaba vender a los nazis el maletín y el maldito Código Cinco por una suma escandalosa, aunque en el último momento se arrepintió, y me contó que habían matado a los científicos, que él lo sabía, pero no tenía pruebas. Los hicieron desaparecer. Uno

de ellos, Renaud Lambert, logró sacar del laboratorio la bolsa marrón con el Código Cinco y el maletín antes de morir, y Koch la rescató de un sótano en desuso. Lo que hay en ese paquete de terciopelo, sea lo que sea, es muy peligroso, porque me pidió que lo protegiera con mi vida. Poco después, Renaud desapareció. Y si quieres saber la verdad, te diré que esto va más allá de los nazis. Solo alguien o algo muy poderoso hace desaparecer personas y pruebas así como así. Hay más cosas detrás de esto.

—¿Qué cosas?, ¿quiénes están...

—Ahora yo también tengo que desaparecer, y espero que no sea yéndome al otro barrio. Mi vida corre peligro, y no es una maldita broma. Debo irme. Toma esto —dijo Vincent, acercándole el sobre—. No seas cabezota, no se lo he robado a nadie.

Théo titubeó. No quería aceptar la misión, no podía aceptarla. Su amigo le había salvado la vida cuando le hirieron en la Gran Guerra de 1914. Durante años se había sentido en deuda con él, pero la realidad era que Vincent no valoraba su amistad lo suficiente, o así lo creía. Le trataba como a una especie de hermano pequeño que no sabía defenderse. Y este encargo era demasiado arriesgado. Necesitaba el dinero, claro que lo necesitaba. Por culpa de su condenada rodilla estaba viviendo de una pensión y de los trabajillos que hacía como «chapuzas» del barrio, pero al menos tenía paz, podía vivir tranquilo. ¿Realmente estaba dispuesto a perder eso por...?

—¡Cógelo, diablos! —insistió Vincent acercándole el sobre—. Créeme, puede que te haga falta.

Rápidamente, se levantó, metiéndose la mano en el bolsillo, como hacía siempre que quería comprobar si la pistola estaba en su sitio, y miró a su alrededor.

—Recuerda, dentro de dos días, a las tres de la madrugada, en el Atlantis.

—Oye, ¿qué quieres decir con que puede que me haga falta?

Vincent se caló su sombrero, salió del local, velozmente, mirando en todas las direcciones, mientras se cerraba las solapas de su abrigo, y se perdió entre la niebla.

Desde entonces, Théo había estado custodiando la misteriosa entrega en el armario de su casa. Paradójico escondite para un elemento tan supuestamente peligroso. Ni por un segundo había podido quitarse de la cabeza la extraña mirada de Vincent y, por las noches, las pesadillas no le dejaban dormir. Jamás había tenido ese tipo de sueños, ni siquiera cuando, en el frente, le metieron una bala en el costado y otra en la rodilla.

Se levantó y comenzó a dar vueltas por su pequeño piso. Abrió el armario, desabrochó las correas de la bolsa y contempló, por enésima vez, aquel objeto envuelto en terciopelo que casi parecía observarle a él también.

—Yo ya no estoy para estas cosas —pensó en voz alta.

Se preguntó por qué demonios se habría metido en ese lío. No debería haberlo hecho, ni siquiera por el dinero. Era un militar retirado, un hombre normal que, a sus cuarenta y tres años, no tenía por qué meterse en problemas y solo quería que le dejaran caerse muerto en paz. Había nacido en una corrala en los suburbios de París, entre gritos y olor a basura, y ahora podía vivir de una forma decente. Se sentía asquerosamente solo, pero al menos tenía tiempo libre para pintar acuarelas, hacer figuritas de barro y leer —a paso de tortuga— algunos de los libros que no había leído. Eso le habría gustado a su madre, que siempre quiso que estudiara. Su padre, en cambio, le hubiera mandado a paseo.

Despacio, extendió la mano y, por primera vez, tocó el objeto envuelto en terciopelo, clasificado como Código Cinco.

El paño negro era más denso y sedoso de lo que había pensado. Debajo de las múltiples capas de tejido se intuía una superficie dura. Percibió una leve vibración. Resultaba incluso agradable. Aumentaba despacio, mientras recorría la superficie con los dedos. Apretó un poco más. De pronto, una fuerte sacudida eléctrica recorrió su brazo. Retiró la mano, como si le hubieran mordido, y, al alejarse, tropezó con la cómoda y cayó al suelo. Empezó a sudar, se sentía mareado. Se levantó, tambaleándose. Pensó en experimentos del Gobierno, en inventos de ese servicio de inteligencia para el que trabajaba Vincent y del que él nada sabía. ¿Qué podría ser aquello?

Miró el reloj: casi eran las tres, tenía que salir volando: hoy era el día de la entrega. «Gracias a Dios», pensó. Cerró la bolsa, se la colgó al hombro y salió de la casa, deseando deshacerse de esa cosa, fuera lo que fuera.

París le recibió con su abrazo más sigiloso. La noche era negra como una cloaca. Se preguntó si no sería mejor dejarse tragar por ella y olvidarse de todo. Al fin y al cabo, nadie le echaría de menos. Tomó un atajo hacia el Atlantis, atento a todo cuanto le rodeaba, para que nadie le siguiera. En el silencio de la noche solo se oía el eco sordo de sus pasos. A medida que se acercaba a la zona roja de la ciudad, a la altura del Moulin Rouge, comenzó a cruzarse con algunos habitantes de la madrugada parisina: borrachos durmiendo en la calle, artistas callejeros, vagabundos, prostitutas. Tomó un pequeño atajo, a través de un estrecho pasaje, ansioso por entrar de lleno en el gentío de la cercana Place Pigalle. Al llegar al final, en el recoveco de la esquina, a su derecha, vislumbró una sombra alargada, y tuvo la certeza de que había alguien ahí observando, más bien acechando. Se le cerró la garganta. No porque pensara que le estaban vigilando, sino porque la presencia, fuera lo que fuera, no parecía humana. Pensó en un

enorme perro suelto, pero su intuición le decía que no era un perro; era otra cosa. Con el corazón desbocado, decidió girarse y afrontar lo que tuviera que ocurrir. Allí no había nada. Le pareció percibir un olor extraño... «Théo, respira, estás empezando a alucinar, viejo amigo». Aceleró el paso bajo la lluvia, apretando la bolsa contra su cuerpo. Eran las tres de la mañana, hacía frío y se merecía una copa. Levantó la vista y, al otro lado de la plaza que se extendía ante él, vio brillar las luces del Atlantis.

★ ★ ★

París, Pigalle

Cuando Ginebra llegó a la Place Pigalle, eran las tres de la madrugada. Llevaba tiempo andando, perdida en las imágenes que había visto en sueños. ¿Tendrían algo que ver con Lucius esos hombres del laboratorio con los que había soñado? Vestían batas blancas, no uniforme nazi.

Lucius Ferdinand Fleedermaus tampoco llevaba uniforme nazi cuando lo conoció, hacía seis años, en Londres. Apareció en su vida una noche de invierno, en una fiesta, presentándose como un brillante diplomático militar alemán, dispuesto a todo por ella. Dedicó un año entero a conquistarla, hasta que generó la ilusión perfecta, a la medida de lo que Ginebra Wilde deseaba —«Creo que te quiero desde una vida anterior a esta, Ginebra, no había conocido jamás a nadie como tú», le aseguraba—. Llegó a ver atractivo a ese hombre de pelo rapado, mirada torva y mandíbula prominente. El edificio de expectativas no tardó en derrumbarse y se hizo añicos con la entrada de Lucius en el Partido Nazi. Y después, la enfermedad, la reclusión, las amenazas —«¡No irás a ningún sitio sin mí! No